

JOSÉ MARÍA OBALDÍA EN SUS PALABRAS*

Mario Delgado Aparain

Las palabras van y vienen, viajan en el tiempo y en el espacio, mueren y renacen y yo me he dedicado a seguirlas, sin ningún mérito, para devolvérselas a nuestra rica lengua.

José María Obaldía (Treinta y Tres, 1925) comenzó a consolidar sus cimientos culturales cuando conoció a José María Firpo, el maestro sanducero que luego de varias décadas, logró rescatar del doloroso trasfondo social y económico de las escuelas rurales, la visión ingenua y sin censura de los niños, que recopiló en el libro memorable *El humor en la escuela* (1975), con el que hizo reír a carcajadas y cargó de ternura a un país entero. Recuerdo un par de frases vinculadas al átomo y a la bomba atómica: “*El maestro está compuesto de átomos, pero él tiene más que nosotros*” o “*El átomo es una cosa que cuando se amontona explota*”.

“Firpo era oriundo de Egaña, en Soriano, y donde estuviera vivía soñando con su terruño. Yo tuve la dicha de beneficiarme en él, porque su amor por el pago natal le hacía solidarizarse y tener una consideración muy especial por quien sufriera nostalgias de la misma naturaleza. Y hay que tener en cuenta que de mí se decía que era un treintaytresino exiliado en Montevideo. Ambos éramos maestros, lo conocí en ese ámbito, y seguramente nos unió ese angustiante desarraigo, hasta llegar a ser muy amigos”.

Con una larga trayectoria en la enseñanza como maestro y director de escuela, este genial creador, lexicógrafo y autor de canciones grabadas por *Los Olimareños* y otros artistas nacionales, llegó por méritos propios a la presidencia de la Academia Nacional de Letras. Fanático de las narraciones orales nacidas de fogones, boliches y vecinos de su Treinta y Tres natal, le dio perfiles inolvidables a historias que escuchó, enriqueció y relató, tan dispares como “El descubrimiento de América según Felipe González”, “La muerte de Martín Aquino”, “La vieja fábula del herrero y el diablo”, “El lobizón” y la mítica y discutida versión de la fundación de la ciudad de Treinta y Tres, contada por “Don Firino, mi abuelo y el finado mi padre”.

* Se agradece a Claudia Garín, directora de la editorial Planeta Uruguay, por la autorización para publicar esta entrevista que integra el libro *Voces de café negro* (Seix Barral, 2016).

Otro hombre que se integró a su grupo íntimo, fue el poeta Serafín José García, un olimareño oriundo de Vergara, quien se eternizara luego en los anaqueles de las librerías con su inefable *Tacuruses* (1935), un libro de poemas gauchescos que enseñó definitivamente la dimensión humana de hombres y mujeres del campo.

“Hasta los años ochenta nunca lo había visto al gran Serafín, quien vivía en Montevideo cerca del estadio Centenario. A requerimiento suyo lo fui a visitar a su casa y tengo muy claro que al cabo de esa primera y extensa conversación, emprendimos un hermoso camino como amigos, que lamentablemente fue muy breve, porque su fallecimiento sobrevendría tan solo cinco años después de ese primer, inolvidable encuentro. Fue un notable narrador oral, aunque su personalidad acusaba una enfermiza timidez que lo paralizaba en público. Precisaba una atmósfera especialmente afectiva, que le permitiera sentirse querido. Conmigo ese clima demoró bastante, pero al fin entendió que se había creado”.

La evolución de Serafín J. García tuvo mucho que ver con su radicación en Montevideo, tras dejar Vergara, “donde había una voluminosa actividad cultural. Se editaban diarios y semanarios, se escribía mucho y se usaba dedicar versos y era ineludible esperar la reciprocidad. Un día apareció un verso gauchesco dedicado a él y para no romper la tradición, Serafín retribuyó con *Matrero*, el poema que más gustaba a su mujer. Treinta y Tres percibió inmediatamente la fuerza y la calidad del autor y cerró filas en torno a su talento. Ledo Arroyo Torres, político colorado que luego llegaría al gobierno nacional, por entonces actuario del juzgado donde trabajaba el poeta, creó un insólito impuesto clandestino de dos pesos por escrito y con lo recaudado financió la primera edición de *Tacuruses*. Al prologarla, arriesgó que el autor evocaba en su estilo el mismo ardor con que se describen en el bíblico *Cantar de los Cantares*, los amores del pastor y la sulamita. Años más tarde, Sabat Pebet abrió otra edición, comparando al olimareño con el Shakespeare del *Rey Lear*. Yo no precisaba tamaños elogios para saber que se trataba de un escritor insuperable en el manejo del idioma”.

El tercero, para nada en discordia, que se incorpora a esa “barra” fermental y entrañable fue Jorge Amado, el tan comprometido escritor bahiano, que antes y después de *Doña Flor y sus dos maridos* sedujo y asombró al mundo con su tan inagotable, colorida y dramática versión de Bahía. El mismo que una vez se defendió ante un periodista montevideano: “*Alguien dijo que yo soy un escritor de putas*”.

y vagabundos. Nunca escuché una verdad tan grande. Soy un novelista de putas y vagabundos”.

“Me contó Serafín que un día golpearon en la puerta de su apartamento montevideano y, cuando abrió, un joven le extiende como único saludo un pequeño pedazo de papel donde figuraba su dirección. Y ante el requerimiento del dueño de casa, le dijo que su nombre era Jorge Amado. Que a esa altura, por lo menos en lo que a aprecio popular se refería, ya era como decir me llamo Gabriel García Márquez. Serafín quería mucho a los brasileños y hay que recordar que fue quien le tradujo a Graciliano Ramos su maravillosa novela *Angustia*. En pocos días Amado entró a trabajar en un diario y con el tiempo nos entrecruzamos”.

Con respecto a su infancia, el maestro Obaldía se apresura a catalogarla de época “decisiva como en muy pocas personas, a pesar de lo que piensan los psicólogos. Si cierro los ojos, veo tal cual si ocurrieran ahora, muchas cosas de esa época que determinaron mi vida de una manera increíble. Algunos de mis libros los he escrito por mi infancia, que esencialmente fue fuente de mis mejores recursos. El niño que fui me hizo mejor docente y encauzó mi vida. Porque cuando aquella pequeña alumna me advirtió que yo decía a cada rato *pa* en lugar de *para*, a la hora de elaborar una respuesta creíble para un maestro, tuve que introducirme por primera vez en mi propia historia. Tardío estudiante que entró al liceo recién a los veintiún años, desde siempre había escuchado ese apócope en mi casa, en mi barrio y hasta en mi escuela. Formaba parte del único idioma que yo hablaba. Con los años le fui quitando los defectos que se adquieren por costumbre”.

Lejos sin embargo de pensar que nuestro idioma se ha ido empobreciendo, Obaldía, quien presidiera y aún integra la Academia Nacional de Letras, reconocido internacionalmente como un eminente experto, niega enfáticamente el tal empobrecimiento.

“¡De ninguna manera, qué esperanza! Solo hay palabras que han desaparecido. A pesar de que las queremos muchísimo, muchas se fueron. Como se ha ido el Montevideo de 1939 o 40, el que yo conocí cuando vine a vivir para terminar los últimos años de escuela. Aquello es imposible siquiera imaginarlo ahora. Antes de las nueve de la mañana las veredas se llenaban de niños que ya habían apurado el café con leche y “pisaban el suelo” para armar los cuadros que jugarían al fútbol hasta la noche, casi sin interrupción”.

Fue el momento de los primeros choques idiomáticos para el “guri” que hablaba casi un dialecto, allá a orillas del Olimar. “Escuchaba a mis amigos pronunciar cantidad de palabras misteriosas y a mí me ocurría que nadie aceptaba un gajo de mi tangerina, porque yo les ofrecía *un gomo*... Incluso me mofaba en Treinta y Tres de que usaran el término *pásula* para hablar de un gorrión o de un pichón de pájaro. Esa palabra murió e igual suerte corrió *minero*, que era un ratón doméstico y *beninín*, aquel insulto tan ofensivo y descalificatorio. Cayeron en desuso y en su lugar se fueron y se van incorporando otras”.

El maestro destaca a esta altura, que “sin embargo ocurre el milagro de ciertos mecanismos de defensa, curiosas formas de resistencia que tiene el idioma. Si no, resultaría imposible explicarse su sobrevivencia, a pesar del sometimiento permanente, el acoso constante del aluvión torrencial y cotidiano de la televisión, plena de porteñismos, no ya de argentinismos, que penetran sin barreras”. Este notorio y creciente fenómeno, parece preocuparle aún más que la crisis actual a consecuencia del auge de una suerte de fobia a la sintaxis, la que aparentemente se contrae con el uso de los celulares, catástrofe que únicamente le merece una bien elegida expresión de incertidumbre: “todavía no sé muy bien en qué va a redundar”.

Para él, además, “en mi pago estos problemas no existen. Si leemos con detenimiento las interesantes conclusiones a las que arribó un enjundioso estudio contratado por la Real Academia Española, nos daremos cuenta que nuestro país no es escenario de dramáticas mutaciones en el idioma madre. La investigación, encomendada a tres sesudos quijotólogos, enumera en un trabajo de cincuenta páginas la infinidad de palabras que están en el texto original de Cervantes y ya ni se conoce su significado en los territorios donde se habla la lengua española. Yo puedo asegurar que en Treinta y Tres –y no tengo que presumir que solo ocurra allí– los años, las distancias y la propia evolución del idioma no pudieron con esas viejas formas del habla. Si el mismísimo Cervantes pudiera visitarnos, por cierto que sin traductor, comprobaría que aquellos vocablos, giros o adjetivos que surgieron de su inspiración, acá siguen gozando de muy buena salud. Algunos quizás simplemente dejaron de decirse, pero si se les utiliza se entiende su significado y la mayoría son hasta de uso coloquial y cotidiano. Y de lo que sí puedo dar fe, porque lo comprobé personalmente legua por legua, es que en mi departamento hablamos además, con un fabuloso caudal de vocabulario

propio que respeta y le deja lugar a las viejas tradiciones lingüísticas. A su vez, las palabras protagonizan viajes increíbles. El término *macró*, por ejemplo, vino desde Francia y se afincó en el idioma de los olimareños, que lo castellanizaron al escribirlo. Lo dominaron y hasta le sacaron derivados. El que sumido en una charla no devuelve el mate seguramente es sacado de su distracción con un ¡dale que estás *macroseando* el mate! Y el conversador es flor de *masitero* que aplica la masa o se la pasa *masiteando* y aquí aparece el verbo. Un día ojeando un diccionario brasileño descubrí que masa era una conversa longa y aborrecida”.

El pintoresco narrador que se precia de recordar y de no inventar aparece en Obaldía cuando evoca a Tito Viera, “un personaje increíble y difícil de entender, que si bien no podía ser considerado analfabeto, era obvio que entendía que las letras eran cosa muy secundaria. Siempre, gracias a su vinculación con don Pedro Manini Ríos, se las ingenió para ser funcionario público. Primero fue correo, uniendo en sulky la capital con Rincón de Ramírez, luego inspector de sarna y finalmente inspector de rentas, donde sustituía el manejo para él inalcanzable de la pluma por una amena charla, con la que entretenía a quienes debían aguardar en la oficina por sus trámites. Cierta vez hizo uso del más simple recurso para laudarlo, negándole su condición de pintor a quien dijo serlo, porque no usaba boina ni fumaba en pito, como los verdaderos artistas plásticos, según su acotada visión”.

Y sin duda la anécdota suprema tiene que ver con el autor de *Tacuruses*, de quien Tito Viera era primo. “Es a él a quien Serafín confiesa que no quería ser poeta y que prefería escribir cuentos. Es más, le dice que ya ha enviado algunos a revistas argentinas y que encomendó a un comisionista de Vergara, donde estaba viviendo, que cuando llegara a Buenos Aires revisara esas publicaciones y si encontraba algo de él le comprara seis ejemplares. Tras largos meses de vanas esperas, el viajero le hizo al fin una entrega. Corrió a su casa, se alegró y emocionó al ver publicado bajo su firma un cuento titulado *Santos* y desbordante de orgullo le muestra la revista al Tito. Su primo fue pasando las hojas y cuando se topó con el cuento le dijo: che, ¡que bueno, en un país tan *machaso* como la Argentina hay un escritor que se llama igual que vos!”.

El maestro de aquellas veinte mentiras de verdad que matarían de envidia al legendario Barón de Münchhausen, que fue capaz de recorrer una distancia considerable montado en una bala de cañón,

admite que ahora escribe lo menos que puede, “aunque es difícil plantearse colgar la lapicera” y responde que nunca incursionó en la novela “porque no puedo escribir sin tener el ejemplo de un ser humano de carne y hueso. Mi mayor impedimento consiste en que jamás podría dejarme perturbar por la intranquilidad de conciencia que me provocaría meter a un personaje en cosas porque yo me las imagino. Definitivamente no tengo derecho. Siempre me he limitado a reflejar la realidad, a la que siempre fui muy permeable”.

Cuando le expresé la extrañeza por la escasez de personajes femeninos en su mundo narrativo, su respuesta fue muy interesante. “El papel de la mujer en mis relatos es escaso no por algo personal sino simplemente porque en mi época era así. La mujer tenía un rol fundamental pero un protagonismo secundario. Así de simple. Y yo soy obsesivamente fiel a la realidad de un medio que era capaz de convulsionarse con la presencia de una *troupe* de títeres. Tal vez ese vínculo singular con la realidad fuera mi mayor impedimento como novelista. Es decir, que no quiero imaginar porque quiero permanecer junto a la realidad impuesta, cerrándole el paso a la imaginación. Don fulano era así y hay que armar un cuento donde aparezca como era don fulano y no ponerle nada fuera de lugar. Prefiero respetar lo que tengo aun en la memoria de cada personaje. Hace poco en un cuento puse “¿*quiere hacer un cigarro, compañero?*” y me sugirieron como corrección de estilo que pusiera “*liar un cigarro*” y me opuse. Jamás se usó entre nosotros esa expresión. En ese sentido, nunca quise mancillar la verdad histórica, aunque a veces uno no tiene más remedio que hacerlo, para que la gente lo entienda. Hay que tranzar, pero la conciencia no se queda muy tranquila. Tal vez uno se hizo en una época en que se era muy permeable al entorno. Porque a pesar de vivir en un pueblito chico, por más que fuera capital, éramos tan silvestres que hasta los títeres nos deslumbraron”.